

Luis Alberto Arellano



Luis Alberto Arellano (1946). Escritor y abogado. Desde muy joven se dedicó al arte de la narrativa. Es profesional egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba, ciudad donde ha fijado su residencia. En 1978 incursionó en la magistratura, desempeñando cargos de juez y en esa condición fue dinámico presidente de la Asociación Departamental de Magistrados de Cochabamba.

Su producción en el campo de las lestras, se manifiesta en ensayos jurídicos y en interesantes propuestas narrativas que figuran en revistas y periódicos especializados y en la "Primera Antología Prosa" de la Unión Nacional de Poetas y Escritores de Cochabamba.

EL DIABLO HUMANIZADO

¡Ay sentimientos y razones que expresan la gran lucha entre la ternura de mi corazón y la fuerza de mi mente!, no puedo sustraerme al deseo incontenible de vestirlos con el traje modesto de mis palabras.

Ahora que la espontánea fatalidad quiere arrastrarme de nuevo a las telúricas profundidades, siento desgarradas mis esperanzas de volver por el luminoso sendero del entendimiento.

Allí donde mi marcha obligada me lleva, intuyo que me esperan las desconocidas presencias de rostros sin carnes ni sonrisas y en las cuencas vacías de miles de pupilas pienso que ya no hacen falta más ciegos para conducir a un nuevo ciego.

¿Dónde quedaron mi intelectualidad desenvuelta y las personas de esmerada cultura que fueron el medio privilegiado y egoístamente atesorado a través de todos estos años...? ¿dónde quedó la querencia humana que se refocilaba apetente e insaciable en las sinuosas oquedades de cuerpos, sudores y palabras quebrantadas?, ¿dónde quedó la nimbada claridad que propiciaba el ambiente de las más envidiables elocuencias...?

Allí donde mi marcha obligada me lleva, siento la humedad mórbida de colgajos y desechos. Desfallesceme mi presencia de ánimo y me invaden temores, soledades y angustias; acaso por la pizca racional que todavía guarda mi cerebro, comprendo que no hay peor infierno

que el creado por el alma en su íntima espiritualidad.

Por las tres edades recorridas, se dice que los hombres vivieron y experimentaron el concepto teológico del paraíso y el infierno, y la entidad del mal corporizado en el dogma animista de DIABLO no pasa de ser una fantasía manufacturada por mi alucinada imaginación. Señorial y sulfuroso figurín, de ninguna manera ajeno, toda vez que soy yo mismo, desarrapado y mostrando la desnudez de mis maldades.

Examinando los acontecimientos que se desarrollan en mi alrededor, imposible contener la vergüenza que me conturba despiadadamente; atrocidades, crímenes, torpezas, venganzas e impiedades son prácticas acostumbradas que dejarían perplejo al mismísimo Satanás si acaso existiera, ¡mi pobre diablo mitológico!, si en verdad existieras, hace mucho que estarías sufriendo el complejo de inferioridad.

Qué refinados martirios fueron pacientemente elucubrados por mis antecesores para aplicarlos contra sus propios hermanos bajo el argumento de una tez más oscura, ojos rasgados o porque la tradicional devoción de sus costumbres albergaron la fragua de diversos afectos y creencias. No se pudo preservar un puñado de maldad para que el Señor de las profundidades se diera el gusto de arrojar por ahí una bomba atómica; quizás porque sus facultades de ingenio e inventiva fueron tan modestamente humildes comparadas con las barbaridades de los humanos, que hoy más que nunca van perfeccionando sus téc-

nicas de destrucción al punto de minimizar los calderos de líquido hirviendo y las llamas azulosas de los aposentos del infeliz Belcebú.

Es lógico que el verdadero infierno que rodea mi vida actual ponga al alcance de mis manos los más sofisticados recursos en materia de destrucción: bombas asfixiantes, armas nucleares, cámaras frigoríficas o supercalentadas existiendo en la tierra semejantes atrocidades, creo que es una tontería y falta de imaginación pretender pintar un Diablo peor y más sanguinario.

El infierno electrónico vigente, al decaer ya este Siglo XX no sólo que va despoblado la tierra de su engalanada molicie vegetal convirtiéndola poco a poco en un resquebrado y desolado erial, sino que simultáneamente la va poblando de espectrales seres sin corazón ni sentimientos, quitándole inclusive al Señor de las sombras la esperanza de obtener su indemnización por el retiro y la cesantía de una trabajo que supuestamente le correspondía.

Mi diablo devaluado que sin embargo no disimula su disgusto y envidia por la febril enjundia de sus competidores; dará si fuera posible su alma misma a cambio de llevarse toda la tecnología del momento a sus predios. Seguro que se sentiría eufórico en su infierno moderno y automatizado, pues para mover palas, guinches, tanques, ametralladoras, le bastaría apretar un botón o accionar una palanca, y todo el infierno funcionaría con impresionante sinfonía de alaridos, gritos y ruidos de los ventiladores y extractores de aire instalados para eliminar el olor de la carne asada

proveniente de los obligados y eternos huéspedes.

Sería comprensible y razonable permitir la transferencia del patrimonio tecnológico terreno a manos de la empresa luciferina, pues la ciencia y la industria nocivas en la tierra para justos y pecadores; allá en el reino de las sombras sólo sería usufructuada por quienes adecuadamente los merezcan; así quedaría obsoleto el prencipio de que justos pagan por pecadores.

Los cómodos y ociosos reposarían eternamente sobre redes anatómicas eléctricas, los explotadores rodarían incesantemente dentro las modernas máquinas de lavar ropa, llenas de agua hirviendo; los avaros estarían obligados a contar monedas electrificadas por alta tensión; los hipócritas se debatirían dentro de hornos eléctricos apuradísimo intentando abrir y cerrar puertas falsas y sin salida; los estafadores y los funcionarios corruptos, derrochadores del patrimonio público estarían condenados a utilizar lapiceras eléctricas para llenar cheques confeccionados con hojas de acero.

Sólo así y de esa manera cobraría vigencia el dogma animista de DIABLO, ahora desocupado y por no decir inexistente dentro las actuales estructuras filosóficas; convencimiento que emerge de las mismas sagradas escrituras que nos ilustran que Dios sólo expulsó del Paraíso al incauto Adán y a la frívola Eva, quedándose Satanás para gozar de las delicias de Edén y delegando su trabajo al hombre que cumplió maravillosamente con el mandato.